

1985: ¿La imposible tolerancia?

La tolerancia como capacidad de acoger
la presencia y la cultura del otro sin indiferencia.

LEOPOLDO ZEA*

Nuestros días, los de este 1985 en que vivimos, se caracterizan por una mayor intolerancia. Esto es, por la incapacidad para aceptar y recoger la presencia y cultura de otros hombres, de otros pueblos. La intolerancia, sin embargo, parece ser propia del hombre, del género humano. Desde que el hombre tiene conciencia de la historia, la intolerancia aparece como algo natural a esa historia. El hombre se ha rebelado una y otra vez contra ella y nada tiene de extraña la intolerancia que vivimos en estos últimos tiempos. La intolerancia fue la que originó en nuestra época, dos monstruosas guerras que abarcaron a casi la totalidad de los pueblos de la tierra: la Guerra de 1914 a 1918 y la Guerra de 1939 a 1945. Dos grandes guerras, calificadas con razón de mundiales. Dos grandes guerras que fueron dos grandes holocaustos a la intolerancia. Dos grandes guerras, que ahora aparecen como el preludeo de una guerra que se pretende sea universal. Ya no una nueva guerra mundial, sino una guerra planetaria, hollywoodescamente la guerra de las galaxias. La intolerancia llevada a los más lejanos rincones del universo. ¿Para qué?. Sólo para tratar de demostrar lo de siempre, que unos hombres son más hombres que otros, que unos pueblos tienen más derechos que otros, que sólo existe una razón, una justicia, una libertad y un orden: la del más irracional, la del más injusto, intolerante y brutal. En la vieja guerra de la que nos hablaba

* Filósofo mexicano. Profesor de la Universidad Autónoma de México (UNAM). Directivo de la Sociedad Latinoamericana de Estudios sobre América Latina y el Caribe, Solar.

Darwin, la guerra entre las especies, sólo puede triunfar el más brutal e intolerante. Los más fuertes, los más brutos, imponiendo su propia especie, su propia peculiaridad a los más débiles.

Estos nuestros días no son entonces, sino la continuación de la vieja historia del mundo dominado por la naturaleza. Continuidad que sólo demuestra el fracaso de aquello por lo que se luchó tanto en las dos grandes guerras de nuestro tiempo, como en las que les antecedieron. Las dos grandes guerras de nuestro siglo se originaron en la resistencia de los hombres a aceptar la intolerancia del militarismo y el fascismo que pretendían imponerse sobre el mundo. Los hombres que sufrían esta intolerancia se enfrentaron a ella, lucharon contra ella y sufrieron como quizá nunca antes había sufrido la humanidad; sufrimiento nunca imaginado. Millones y millones de hombres fueron sacrificados en la lucha contra la intolerancia. Esas guerras no habrían sido posibles si los hombres y los pueblos hubiesen aceptado mansamente el totalitarismo. Esto es, si los hombres hubiesen reconocido sin protesta la superioridad de una nación, una raza o una cultura, el predominio de los supuestamente mejores sobre los supuestamente inferiores. De ser así no habría habido guerra, como no habrían habido revoluciones enarbolando la tolerancia contra toda forma de intolerancia. Las guerras de resistencia lo fueron contra la intolerancia; por ello al término de la última guerra pareció haber triunfado la tolerancia. El hombre pareció aceptar la presencia de otros hombres y sus expresiones, como esperaba fuese aceptada la propia presencia.

Sin embargo, los días que vivimos, que parecen la antesala de un nuevo y mayor holocausto, nos dicen que sigue privando la intolerancia. Pero aún hay algo más grave: en nombre de la tolerancia se hacen patentes mayores muestras de intolerancia. La intolerancia que ahora amenaza a nuestro tiempo, es la paradójica intolerancia de la tolerancia. Los valores que tienen su base en la tolerancia y por los cuales lucharon los millones de hombres que fueron sacrificados en las dos grandes guerras, son esgrimidos ahora para obligar a los hombres a seguir determinados comportamientos. Los hombres lucharon para hacer prevalecer la libertad y la democracia en que esa libertad se hace patente; lucharon, igualmente, por la justicia, por un mundo más justo en el que la igualdad entre los hombres, proclamada por las revoluciones del mundo moderno, quedará garantizada. Pero, paradójicamente en nombre de la libertad, de la democracia y la justicia social se limitan libertades, se impide la libre determinación de los pueblos y se imponen injustas discrimi-

minaciones. En nombre de la democracia y de la justicia social se han levantado en nuestros días nuevos centros de dominio totalitario, los cuales pretenden decidir sobre la democracia adecuada a los pueblos que la reclaman y sobre lo que es justo en las sociedades formadas por ellos.

Así, vemos a los Estados Unidos —campeones de la libertad y la democracia en las dos grandes guerras— erigiéndose en guardián, en policía del orden supuestamente propio de la libertad y la democracia, decidiendo sobre la voluntad de los pueblos respecto al gobierno que se considera les es más conveniente. A su vez, la Unión Soviética, en nombre de la justicia social, impone sus propios criterios de justicia en el área bajo su hegemonía. Y ambos, los Estados Unidos y la Unión Soviética se amenazan en nombre de la democracia y la justicia social. La libertad y la justicia se presentan como valores incompatibles entre los hombres y los pueblos, como obligadas opciones excluyentes. En torno de una y de otra se enarbolan ideologías en las que se expresa la incompatibilidad. La libertad, para serlo, ha de ser arbitraria, esto es, injusta; la justicia, a su vez, ha de estar por encima de la libertad. La libertad y la justicia se presentan como opciones totalitarias, y por ello intolerantes. La intolerancia, que pareció haber sido batida en los campos de batalla de las dos grandes guerras, amenaza al mundo con una tercera en la que ha de triunfar la libertad como injusticia y la justicia como sometimiento total.

Expresiones de este doble totalitarismo e intolerancia se hacen patentes dentro de los pueblos y en las relaciones entre los pueblos. Violencia interna y externa. Para imponer o salvaguardar la libertad, los regímenes democráticos se reprimen totalitariamente. Como respuesta y en nombre de la libertad reprimida se busca la subversión del orden democrático. Surge una doble expresión de la violencia, la represiva y la subversiva. Una y otra esgrimiendo como razones de su intolerancia la libertad. Para ser libres, dicen unos, hay que impedir las discrepancias; para ser libres, dicen otros, hay que anular el orden que lo impide. De esta forma vemos, enarbolándose las mejores razones, cómo se desata la represión y el terrorismo en las ciudades y campos de Europa, América, Asia y África. Todo aquello contra lo que se luchó en las dos grandes guerras vuelve a plantearse con violencia. Los valores que se quisieron hacer prevalecer aparecen como equívocos y son objeto de encontradas discusiones, que al parecer sólo podrán ser resueltas por la violencia.

En el campo internacional, las potencias que encabezaron los ejércitos del llamado mundo libre, exigen ahora la sumisión absoluta de hombres y pueblos al orden que, según dicen, garantiza la realización de las metas por las cuales los pueblos lucharon y murieron en las dos grandes guerras. La Carta del Atlántico, promesa de esas potencias a los pueblos de la tierra, para que luchasen contra el totalitarismo, hace depender la realización de esta promesa de libertad y justicia de la subordinación de todos los pueblos al orden que la han de hacer posible. Sumisión absoluta, sin la cual la promesa no podrá cumplirse. Los Estados Unidos, líder nato del llamado mundo libre, tratan ahora de imponer su propio concepto de democracia, el orden propio que consideran es también conveniente a otros pueblos. A pesar de que su declaración de Independencia dice: "Sostenemos como verdades evidentes que todos los hombres nacen iguales, que a todos les confiere su creador ciertos derechos inalienables entre los cuales están la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad; que para garantizar estos derechos, los hombres instituyan gobiernos que derivan sus justos poderes del consentimiento de los gobernados; que siempre que una forma de gobierno tiende a destruir esos fines, el pueblo tiene derecho a reformarla o abolirla, a instituir un nuevo gobierno que se funde en dichos principios, y a organizar sus poderes en aquella forma que a su juicio garantice mejor su seguridad y su felicidad". Para ello hacen uso de la violencia, de la mayor intolerancia; desatan guerras totales, como las de Vietman, desestabilizan gobiernos legítimamente elegidos como en Chile, sostienen gobiernos militares, aplastan con todo su poder pequeños pueblos como el de Granada y amenazan con ese mismo poder al pueblo de Nicaragua, nacido de una revolución, esgrimiendo los mismos derechos que los Estados Unidos proclaman en su Declaración de Independencia, esto es, se niega a otros pueblos lo que se ha reclamado para sí, con exigencias totalitarias que en nada se distinguen del totalitarismo que pareció quedar vencido en la última gran guerra mundial. Igualmente vemos a los hijos y nietos de los millones de hombres judíos sacrificados por el totalitarismo en los campos de concentración levantados por el nazismo, al pueblo judío al que se quiso exterminar, usando la misma violencia, la misma brutalidad contra un pueblo que reclama, como el judío, una tierra en la cual poder vivir. Y como respuesta a la intolerancia, nuevas formas de violencia y falta de humanidad que sólo muestran la inutilidad del holocausto sufrido por un pueblo. En fin, a lo largo de la tierra, la intolerancia se hace expresa de la manera más violenta, a partir de equívocas interpretaciones de los mismos valores por cuya reali-

zación se pagó tan alto precio.

Decíamos que lo grave de la intolerancia que se sufre en nuestros días, es que tiene su origen en la misma tolerancia que parecía haber triunfado en el mundo después de la gigantesca matanza. La intolerancia de la tolerancia; esto no es una paradoja, sino una amarga realidad. En nombre de la posible tolerancia se anula el diálogo y las amenazas toman su lugar. La intolerancia parte de la supuesta superioridad de una raza, una sociedad o una cultura. Enfrenta a los hombres sobre los cuales se pretendía imponer la propia raza, sociedad o cultura. Lo absurdo es que ahora la intolerancia se expresa en nombre y defensa de la tolerancia. La tolerancia se presenta armada, policíaca, decidiendo sobre lo tolerable y lo intolerable.

La tolerancia, se supone, tiene su origen en la razón, en el *logos* como lo entendían los griegos, como razón y como palabra. Esto es, como capacidad para comprender y para hacerse comprender. La razón o *logos*, en este doble sentido, como fuente de toda tolerancia y la tolerancia como única posibilidad de convivencia. La tolerancia, la *sofrosine* o temperancia frente a la *hibris*, la intemperancia por la que el hombre se asemeja más al animal. Entre Dios y la naturaleza está el hombre, el hombre como naturaleza, pero además como pensante, como animal que piensa, capaz de comprender y de hacerse comprender. El hombre se distingue de lo vegetativo y lo animal por ser un ente de razón, capaz de comprender a la naturaleza y a Dios. El hombre es hombre precisamente por poseer, a diferencia de otros animales, la razón.

Al iniciarse este mundo, del que no sabemos si ya vemos el fin, la modernidad, la filosofía volvió a hacer de la razón la esencia del hombre. La razón frente a la intolerancia de la que dolorosamente surgió este nuestro mundo; la intolerancia expresa en las brutales guerras de religión, en Europa, y en la expansión y conquista de Europa sobre el resto del mundo. Frente a la intolerancia se volvió a afirmar el hombre como un ente de razón. "El buen sentido o razón, es naturalmente igual en todos los hombres", decía Descartes, padre de la filosofía moderna, enfrentándose a la intolerancia que dividía a los hombres de su tiempo. La razón es la que iguala a los hombres entre sí, la que pone fin a toda discriminación. La razón, una vez más, limitando la *hibris*, la intolerancia. Afirmando la razón por la que los hombres pueden comprender y hacerse comprender. Dentro de la compren-

sión no tiene cabida ninguna forma de intolerancia. Ningún hombre es más hombre que otro, ni ningún pueblo inferior a otro. Se afirma la igualdad, fundamento de la democracia moderna. Todos los hombres son iguales por la razón o entendimiento. Iguales por ser capaces de comprender y hacerse comprender. En el problema de la misma existencia del hombre como hombre, él tenía su solución en la capacidad de convivencia de los hombres y los pueblos.

La historia, sin embargo, siguió otro camino. La intolerancia siguió privando, pero ahora en nombre de la tolerancia, en nombre de la misma razón. Una razón abstracta, que por abstracta sólo iguala abstractamente a los hombres entre sí. Los igualaba sólo en la medida en que estos hombres se sometieron a las determinaciones de la razón. Una razón ajena a los hombres que la hacen posible, razón que se endiosa, la Diosa Razón, e impone sus lineamientos a los hombres. La razón trascendental, que está más allá de la vida concreta de los hombres que la hacen posible y, por ello, intransigente, intolerable frente a cualquier forma de desviación de lo supuestamente racional. Los hombres son distintos entre sí, sobre estas diferencias está la razón que unos hombres imponen a otros hombres en nombre de la misma razón. La razón, como la razón por excelencia. De igual manera los pueblos formados por los hombres son distintos entre sí, pero unos están más cerca de la razón que otros. En nombre de la razón, que iguala a los hombres, el mundo fue testigo de dos grandes revoluciones encaminadas a posibilitar esa racional igualdad. La Revolución de Independencia de los Estados Unidos en 1776 y la Revolución política de Francia en 1789. La primera sosteniendo como verdad evidente la igualdad de todos los hombres; la segunda, la misma igualdad entre los hombres por naturaleza y por ley. Y como fundamento, la razón, la que hace patente esta indiscutible igualdad de los hombres entre sí y con ello el derecho de los pueblos a la libre determinación. Pero, son los mismos pueblos y en nombre de esas mismas declaraciones, los que siguen manteniendo diferencias de clase, raza, sexo y cultura. Diferencias internas y externas. Pero, ¿cómo ha sido racionalmente posible esta nueva discriminación, esta nueva anulación de la igualdad sostenida?

La clave la da el propio Descartes: el buen sentido o razón, nos decía, es naturalmente igual en todos los hombres; por el buen sentido o razón los hombres se igualan entre sí. Pero agrega algo que será la clave de la nueva discriminación y, con ella, de nuevas

formas de intolerancia: "no basta, en efecto, tener el ingenio bueno; lo principal es aplicarlo bien". La razón no es tanto una esencia del hombre como instrumento al alcance del hombre, al alcance de todos los hombres. Todos los hombres pueden poner a su servicio a la razón; por ello pueden comprender al mundo, comprender a los otros y hacerse comprender. Lo importante es saber cómo usarla. Precisamente, por esta capacidad para el buen o mal uso de la razón, los hombres se van a dividir, a separar los unos de los otros, estableciéndose nuevas formas de discriminaciones y, con ellas, nuevas expresiones de intolerancia. La intolerancia del que sabe usar bien la razón contra el que no sabe usarla. No todos los hombres saben usar bien la razón. Y en este saber usarla resultan unos hombres distintos de otros. Los pueblos formados por hombres que saben del buen uso de la razón, se distinguen de pueblos que no han aprendido ni saben usarla. Todos los hombres son hombres por poseer la razón, pero se distinguen entre sí por el uso que hacen de ella.

Racionalmente, Descartes es igual a un hotentote; como Newton a un piel roja; como cualquier europeo o estadounidense a un asiático, un africano y un indio de América. Pese a ello y en concreto no son todos iguales, y esta desigualdad la muestra el diverso desarrollo que han logrado el hotentote y el piel roja, y los habitantes de otras regiones de la tierra frente al europeo-occidental. La superioridad del Mundo Occidental se expresa en el hecho mismo de su predominio, de su hegemonía sobre el resto de los pueblos y naciones del mundo. Todos los hombres son racionales, salvo que unos han mostrado ya su capacidad para el buen uso de la razón creando la civilización, mientras otros se mantienen en la barbarie. La civilización está, por supuesto, al alcance de todos los hombres, de todos los pueblos, lo mismo del hotentote como del piel roja y de cualquier otro hombre de la tierra, salvo que para alcanzarla habrá que ser capaz; capaz para el buen uso de la razón, la razón equitativamente bien repartida entre todos los hombres, pero no siempre bien usada.

Los otros, los hotentotes, los pieles rojas, los indígenas de otras regiones de la tierra con su atraso en la marcha hacia la civilización, con su barbarie, demuestran su inferioridad frente a los hombres y pueblos que han sabido usar la razón originando la civilización. Los hombres no son iguales entre sí, pese a Descartes, a la Revolución Estadounidense y la Revolución Francesa. Los hombres son distintos entre sí naturalmente. Es diverso el recipiente

de la razón. La razón está repartida equitativamente entre todos los hombres, pero sus frutos dependen de la naturaleza concreta de los mismos. ¿Por qué el hotentote, el piel roja u otros especímenes de lo humano no han mostrado la misma capacidad para el uso de la razón que el europeo-occidental? Precisamente por ser lo que son en concreto, esto es, por ser africanos, asiáticos, indoamericanos, etcétera. Esto es, por poseer un cuerpo y no otro, por tener una determinada piel y no otra, un determinado cerebro y no otro, por haberse formado en unas costumbres, una cultura y no otra. Todo esto ha impedido, determinado, que unos hombres estén en retraso respecto a la civilización, expresión del buen uso de la razón hecha por los pueblos blancos, occidentales y cristianos. Arnold Toynbee describe como ven esos hombres privilegiados a seres que si bien parecen ser hombres no lo son plenamente por sus frutos. Los indígenas, dice: "Son para nosotros algo así como árboles que caminaron, o como animales selváticos que infestaran el país en que nos ha tocado toparnos con ellos. De hecho los vemos como parte de la flora y fauna local, y no como hombres con pasiones parejas a las nuestras; y viéndolos así, como cosa infrahumana, nos sentimos con título para tratarlos como si no poseyeran los derechos humanos usuales". Frente a ellos no cabe la tolerancia, sino la intolerancia expresada en el calificativo que el español Juan Ginés de Sepúlveda, en el siglo XVI, daba a los indios de América, el de "homúnculos", esto es, hombrecillos, menos que hombres, es decir, cosas para utilizar o destruir sino son utilizables.

Así, partiendo de la razón, fuente de toda tolerancia, se puede afirmar una nueva forma de intolerancia. No ya la intolerancia del que cree y posee la verdad por fe, sino la del hombre que se sabe poseedor de la verdad por su capacidad para usar bien la razón. Y si la fe levanta hogueras, también las levanta el racionalismo autoritario que decide lo que conviene o no a hombres y pueblos. La razón ya no abstracta, sino la razón encarnada en un determinado individuo o pueblo, que hace de su peculiaridad, de su concreto modo de ser, de sus intereses, la única expresión de humanidad y que actúa en consecuencia negándose a aceptar otra expresión de humanidad que no sea la propia. Se rechaza así al otro, por lo que ese otro tiene también de peculiar, de propio, Y se lo hace a partir de la propia y original peculiaridad. Se hace de la propia identidad, cuenta y medida de la identidad de los otros. El que los otros sean peculiares, como lo es el que juzga, los hace no sólo distintos, sino inferiores. Una inferioridad que sólo podrán rebasar si logran ase-

mejarse al que los enjuicia y, si esto no es posible, que se conformen con ser eco y sombra de ajena vida, que diría Hegel.

La intolerancia tiene su origen en la idea que sobre sí mismos se han formado individuos y pueblos, pretendiendo hacer de su propia y concreta peculiaridad, de su propia y concreta humanidad, lo humano por excelencia. A partir de esta pretensión, tales hombres y pueblos se niegan a reconocer otras expresiones de humanidad que no sean las propias, a rechazar toda expresión de cultura que no sea calca de la propia. La razón, siendo igual en todos los hombres no los iguala. Descartes mismo anula esta posibilidad reconociendo, como forma de desigualdad, la capacidad para el uso de la razón. Lo cual nos indica que no es en la razón donde ha de encontrarse la anhelada igualdad que ponga fin a la intolerancia entre los hombres. La igualdad hay que buscarla en algo que también poseen todos los hombres con independencia del buen o mal uso de la razón. En la peculiaridad o identidad de los mismos.

La anhelada igualdad hay que buscarla, aunque parezca nueva paradoja, en la desigualdad. Lo que hace iguales a los hombres entre sí es su desigualdad, el ser distintos los unos de los otros; el poseer una determinada identidad. El hombre no es una abstracción, sino algo concreto. El hombre como ente real posee un cuerpo, cuerpo con una determinada piel y cráneo, etcétera; posee un sexo; es parte concreta de una sociedad; posee una determinada cultura, un modo relativo de concebir el mundo. Ningún hombre escapa a este peculiar modo de ser que distingue a unos hombres de los otros. Todo hombre posee una conformación física, concreta y por concreta diversa; tan diversa que hace que los hombres se distingan entre sí por sus huellas digitales. Sin embargo, a pesar de que todos los hombres son distintos entre sí, no por ello dejan de ser hombres. Lo que concretiza al hombre es lo que le hace igual al resto de los hombres. Lo peculiar, lo personal, lo individual hace a los hombres distintos entre sí; pero sin que esta distinción implique superioridad o inferioridad. Los hombres son, simplemente, distintos entre sí. Distintos, no tanto por el buen o mal uso de la razón, sino por el diverso modo de usar la razón. La razón, vista como simple instrumento al servicio de los supuestamente más aptos, es lo que ha originado nuevas formas de discriminación. La razón es algo más que un instrumento de dominio, la razón es, precisamente, lo que puede permitir al hombre reconocer y hacerse reconocer como igual a todos los hombres. Los otros vistos como sus semejantes a partir de las ineludibles peculiaridades que hacen

del hombre algo real y no simple entelequia.

Se puede entonces afirmar: todos los hombres son iguales por ser distintos, esto es, por ser concretos; pero no tan distintos que dejen de ser hombres. No tan distintos que puedan ser más o menos hombres, sino simplemente hombres. Sólo a partir de ese reconocimiento se podrá aceptar al otro y su cultura sin sentir menoscabo de lo propio. Y a partir de este reconocimiento la posibilidad de una relación horizontal de solidaridad y no ya más la relación vertical de dependencia. La tolerancia, a su vez, como expresión de esa relación solidaria frente a la intolerancia propia de toda relación de dependencia. Relación de iguales entre iguales, de hombres que se reconocen entre sí por su peculiar concreción, fuera de toda abstracción discriminatoria.